

nes militares. Quedándome en el Brazos, tenía la seguridad de recibir refuerzos. . . . Cuando dí á la secretaria la seguridad de que el enemigo no cruzaría el río Brazos, no expresé la idea de que yo ó el ejército tuviéramos el don de ubicuidad; yo dije únicamente que el enemigo no pasaría por mi posición.»¹ Houston va á Harrisburgo á unirse al gobierno; tal vez, y aun probablemente, á huír con él. No habiendo pasado Santa Anna el Brazos, imposible era que hablara Houston de emprender una persecución contra el general mexicano. Ante «el avance de un enemigo que marchaba con todos los elementos de conquista,» su actitud no puede ser la del fiero ni del Matamoros; apenas puede con el papel del prudente. Ya ha asegurado al gobierno que el enemigo no podía pasar el Brazos, y cuando se le demuestra su engaño, sale ridículamente con una evasiva: «yo me refería al paso que ocupo.» ¿Qué importaba al gobierno el lugar por donde pasara Santa Anna? Si aquél hubiera confiado en Houston, habría permanecido en Harrisburgo hasta el día 15, para ser presa de Santa Anna. Hasta el 19 llegó Houston á Buffalo Bayou, frente á Harrisburgo, ¿persiguiendo á Santa Anna? Vamos á averiguarlo, «Para que se comprenda esta retirada del general Houston, dice el Sr. Bulnes, bastará recordar que cuando Santa Anna se encontraba en Austin, Houston se hallaba en el paso Gross,² á la izquierda de Santa Anna ó sea hacia el interior de Texas, y que Santa Anna para perseguirlo tomó hacia la derecha ó sea para el mar y en ese sentido anduvo 16 leguas hasta Holford³ y doce hasta Harrisburgo, siempre alejándose del punto á donde había dejado á Houston ó sea del paso de Gross (Groce.) Ahora bien, cuando Santa Anna había llegado casi al mar, creyendo tener á Houston por lo menos á 43 leguas de distancia, se encontró con que Houston estaba encima de él. Houston es el que ha perseguido á Santa Anna, el que lo ha alcanzado y el que va á imponerle el combate.»⁴ Una cosa es que Santa Anna, como se lo reprochamos, no persiguiera eficazmente á Houston, y otra que huyera de él; una cosa es que Houston hubiera seguido el mismo rumbo (no el mismo camino como dice el Sr. Bulnes) y otra que hubiera perseguido á Santa Anna. Cuando Houston se desprendió del Brazos, iba en busca del gobierno, y sin otro plan que buscar más allá del Trinidad, refuerzos y protección. Igno-

1 Morphis, pág. 250.

2 Groce.

3 Old Fort, llamado también Fort Bend, paso de Thomson y Orozimba.

4 Bulnes, *op cit.*, págs. 551—52.

raba que Santa Anna hubiera hecho el movimiento de que hemos hablado. Simultáneamente se alejaron del Brazos, con propósitos diferentes, Houston y Santa Anna, saliendo el uno del paso de Groce y el otro del paso de Thomson, á 30 leguas de distancia aqué) de éste. «El ejército (de Houston) se puso en marcha (el día 141 y después de una travesía extraordinariamente difícil y penosa, por un país cubierto de pantanos, llegó el 18 á Buffalo, frente á Harrisburgo, y allí acampó. Un infatigable explorador, el sordo Smith, y otros con él, cruzaron el río (bayou), y á la tarde trajeron dos prisioneros, uno de los cuales era portador de despachos dirigidos á Santa Anna, por Filisola y por el gobierno de la capital. Habiéndose impuesto de estos documentos, pudo saber Houston que el presidente en persona mandaba una corta fuerza que creyó de 500 hombres. Houston dispuso entonces pasar el río (bayou), y en la mañana del 19, después de dirigir una arenga apasionada á los soldados,¹ en la que les dijo que Santa Anna estaba frente á ellos, siguió á lo largo de la ribera dos millas, con ración para tres días, dejando á retaguardia la impedimenta y los enfermos, bien custodiados.»² Sigue Houston, en su parte oficial del 25 de Abril: «Casi todo el ejército cruzó el río Buffalo (bayou), abajo de Harrisburgo, en la mañana del 19 Seguimos caminando toda la noche, sin comer porque no teníamos víveres y deteniéndonos sólo un breve rato en la llanura. Muy temprano, á la mañana del siguiente día (20), emprendimos nuevamente la marcha, y á poco andar nuestros exploradores se encontraron con los del enemigo,³ y supimos que el general Santa Anna se hallaba en NewWashington, y que ese mismo día emprendería la marcha para Anáhuac, cruzando el río en el paso de Lynch. El ejército texano hizo alto como á media milla del paso (de San Jacinto), en un pequeño

1 Conciudadanos: Permitidme que apele por una vez más á vosotros invitándoos á que os pongáis bajo la sombra de la bandera patria. El ejército llegó á este lugar ayer por la tarde. Nuestros exploradores apresaron á tres mexicanos, un capitán, un correo que viene de México y su criado. Por ellos supimos cosas muy interesantes. Santa Anna está delante de nosotros, al alcance del sonido del tambor y según sabemos tiene sólo 500 hombres. Pasamos revista para marchar contra él. Tiene refuerzo de mil hombres en el Brazos, á 40 millas de aquí. Dentro de breves horas se decidirá la suerte del ejército. (Proclama dirigida á los soldados por el ministro de guerra texano).

2 Bancroft, *Op. cit.*, tomo II. pág. 253.

3 Martínez Caro, (*op. cit.*), pone esta nota al texto del parte de Houston: «Ya dijimos antes que S. E. el general en jefe Santa Anna, mandó el 19 al capitán Barragán con algunos soldados al paso de Lynchburgo, para alistar los chalanes que debían proporcionarnos dicho paso al día siguiente, para continuar al Anáhuac; y estos son los exploradores nuestros que dice Houston, y que nunca tuvimos como es notorio.»

bosque, cuando observamos que las tropas de Santa Anna se acercaban en orden de batalla y acamparon en la punta de Clopper, ocho millas abajo. Inmediatamente se dictaron providencias para recibirlo y disponer de una manera conveniente nuestras fuerzas. El enemigo se posesionó de un bosquecillo, y colocó su infantería y artillería en el centro, cubriendo su izquierda con la caballería: su artillería consistía en una pieza de bronce del calibre de 12, reforzada, y con ella abrió el fuego contra nosotros. La infantería avanzó en columna, con el objeto de dar un ataque á nuestra línea, pero fué rechazada por una descarga de metralla y bala de nuestra artillería, compuesta de dos piezas del calibre de seis. El enemigo había ocupado también un bosquecillo que estaba á nuestra izquierda, á tiro de rifle: siguió, pues, el tiroteo hasta que tomó otra posición á la orilla del S. Jacinto, como á tres cuartos de milla de nuestro campo y empezó á fortificarse.» Esta es la verdad de los hechos: desde que Santa Anna salió de S. Felipe el 9 de Abril, en persecución de Houston, caminando río abajo, nada hizo hasta el 20 de Abril para conseguir su objeto, del que se alejaba á cada momento, de una manera extravagante, que no se explica sino por la enfermedad mental de que era víctima, y con él la nación. Houston estuvo á la capa hasta que el 18 en la noche supo la locura de Santa Anna, que no otra cosa era haber penetrado con 750 hombres y un solo cañón, en país desconocido, madriguera de rebeldes y punto de cita de aventureros. La ocasión era propicia: tenía fuerzas suficientes para batir á un general inepto que era á la vez el terror y el azote de Texas, el jefe de la nación mexicana y la cabeza del ejército enemigo. La ocasión era excepcional, única, y le brindaba un triunfo militar que lo acreditaría ante el gobierno texano, ante el gabinete de Washington, ante todo el pueblo de los Estados Unidos. El fugitivo y el desalentado que iba á cruzar el Trinidad para refugiarse, en son de derrota, continuaría su marcha retrógrada—necesaria, pues aun derrotado Santa Anna quedaba un enemigo fuerte más acá del Brazos—como un triunfador á quien pronto se reunirían aventureros de todos los Estados de la Unión.

A pesar de estos hechos inatacables, fundados en todos los medios de investigación combinados, y de acuerdo con la geografía, el Sr. Bulnes halla en la carta de Texas la prueba irrefutable de que Houston perseguía á Santa Anna. Tal afirmación podría pasar sin detrimento de la historia, si no determinara fechas el ilus-

tre autor mexicano, y bastaría aclararla, diciendo que es verdadera tratándose sólo de los días 19 y 20 de Abril; pero en los términos en que la formula y pretende probarla, tiene un alcance que hace obligatoria la rectificación: «El 16 de Abril se encontraron en el camino (las fuerzas del general Gaona) algunos cadáveres colgados á unos árboles y por los morriones y ropa se conoció que eran cazadores del activo de Toluca» (Filisola, *Guerra de Texas*, tomo II, pág. 450). «El día 16 de Abril, dice el Sr. Bulnes, el general Gaona se encontraba á una jornada de Austin, sobre la línea que había seguido el general Santa Anna, para alejarse de Houston. ¿Quién pudo haber ejecutado á esos soldados de Toluca y colgado sus cadáveres? Sólo Houston, pues entre Austin y Santa Anna no había otras fuerzas rebeldes. El batallón de Toluca formaba parte de las fuerzas de Ramírez y Sesma que seguían á Santa Anna; luego Houston ya el 16 de Abril marchaba á la retaguardia de Santa Anna. ¿Quién es el perseguidor, el que va adelante ó el que va detrás en la misma dirección?»¹ He aquí un hecho falso, que se quiere probar por medio de una geografía fantástica. Hecho falso: el 16 de Abril, Houston, á pesar de que estaba metido hasta la cintura en los pantanos que había entre el paso de Groce y Harrisburgo, y á pesar de que estaba ignorante de que Santa Anna hubiera cruzado el Brazos, pues creía ir á reunirse al gobierno de Texas, en el citado punto, *persigue*, según el Sr. Bulnes, al general Santa Anna que pasa ese día muy tranquilamente en Harrisburgo, suponiendo que Houston está todavía en el paso de Groce. ¡Caso raro de persecución en que el perseguidor y el perseguido ignoran que lo son! Prueba fantástica del hecho falso: los cazadores de Toluca que vió la gente de Gaona colgados de los árboles á una jornada de San Felipe de Austin. Analicemos: «El 16 de Abril, dice el Sr. Bulnes, el general Gaona se encontraba á una jornada de Austin sobre la línea que había seguido el general Santa Anna, para alejarse de Austin.» Niego: Santa Anna salió de Austin tomando al principio hacia el Sur-Sur-Este, el 9 de Abril, y Gaona llegó al mismo lugar el 17, procedente de Bastrop, esto es, del Nor-Noroeste. No se trata, pues, de la misma línea; pero aun suponiéndolo así, ni el 16 de Abril, ni antes, ni después, caminó Houston en pos de Santa Anna al oeste del Brazos, pues como hemos visto, cuando el general texano desocupó San Felipe de Austin el 24 de Marzo para dirigirse al paso de Groce, no volvió á

¹ Bulnes, *Op. cit.*, pág. 553.

hacer movimiento ninguno hasta que emprendió la marcha el 14, para Harrisburgo. Luego los cazadores del activo de Toluca no fueron cogidos y colgados en una persecución, sino en algún encuentro aislado y sin importancia, dado que no hayan sido desertores extraviados entre el enemigo. El Sr. Martínez Caro, secretario particular de Santa Anna, á quien cita el Sr. Bulnes como un testigo irreprochable de la afirmación que impugno, miente cuando asegura que «desde San Felipe hasta San Jacinto, siempre fué y bien de cerca (el enemigo) picándonos la retaguardia, y lo más gracioso, sin saberlo S. E.» El encono dementó al vengativo secretario, quien á pesar de su conocimiento práctico del terreno, concibe una persecución imposible, supuesto que entre Houston y Santa Anna estaba, al oeste del Brazos, toda la fuerza de Ramírez y Sesma, superior á la de los texanos, y que al oriente del mismo río, del 14 al 18, hubo entre ambos la enorme distancia moral formada por la ignorancia de cada uno de los jefes sobre la situación del contrario. La burla de Martínez Caro es muy merecida por Santa Anna, pero le alcanza á Houston.

Dejamos al Napoleón y al Fabio de ópera cómica, dispuestos á entrar en combate el día 20 de Abril. Amaneció el 21, y en la mañana de ese día, recibió Santa Anna 400 hombres de 500 que había pedido, y que llegaron—ironía de los acontecimientos—mandados por el general Cos. A la hora de la siesta, Santa Anna se acostó á dormir; Castrillón, haciendo tertulia con amigos, se ocupó en su aseo personal; todos los nuestros estaban descuidados; el campo sin vigilantes, según la frase de Tácito. Houston, advirtiendo la situación propicia, se dispuso á atacar á Santa Anna, y para no recibir por la espalda daño alguno de los refuerzos mexicanos que podían llegar del Brazos, mandó destruir el único puente que había en el camino. La sorpresa, ¡á las cuatro de la tarde! fué absoluta; la desorganización de un ejército descuidado engendra el pánico infaliblemente, como el incendio en una ciudad dormida. No hubo batalla; hubo una carga implacable, furiosa, como la venganza, que tendió en el campo, en el bosque, en el camino, en el pantano que allí cerca había, á más de quinientos hombres, cuyos cadáveres formaron larga fila en la pradera y una turbulencia horripilante en el paso del riachuelo. ¡El sol poniente de ese día trágico, que una hora antes calentaba con su amor antiguo aquellos cuerpos palpitantes, iluminó una escena imponente! No; ¡no hubo batalla! nuestro único cañón quedó, cargado aún, en ma-

nos del enemigo. Santa Anna corría de uno á otro lado, saltaba, se frotaba las manos, no acertando á dar disposición de salvamento. Castrillón rescató su indolencia con una muerte honrosa, recorriendo la línea para intentar la organización de la batalla. Los que se salvaron, duramente ganaron la retirada. Santa Anna, como siempre, no fué de los últimos en correr; pero cayó prisionero al día siguiente. Houston no lo fusiló, quiso salvarlo el gobierno de Texas para negociar con él, y aplacando la pasión de la multitud que pedía su cabeza, comenzó la urdimbre diplomática. Después de perder la batalla por la patria, Santa Anna inició con hábiles manejos de sutil astucia, la campaña por la vida. ¡Y la ganó! Quisiera hacer la historia de su cautiverio y de las negociaciones en que se ocupó para nuestro daño y provecho suyo. Despojado de todo arreo marcial, volvía á estar en papel el intrigante, lacayuelo del teatro de Tirso y de Molière. Debo detenerme, porque alargaría con exceso mi tarea el estudio de aquellas negociaciones.

El primer acto de Santa Anna como prisionero, fué engañar á Filisola, diciéndole que había pactado un armisticio, que no existía, ni fué pedido y aceptado por el enemigo, y que por tanto, no produjo otro efecto que detener el huracán de las venganzas que iban á cebarse en Santa Anna. Después de este engaño, vinieron los actos más substanciales de traición, sabiamente maquinados. Un momento de dignidad le hubiera costado á Santa Anna la vida; pero supo insinuar su vileza desde que fué descubierto bajo el disfraz con que lo encontró el enemigo. Ya que no puedo detenerme en los tratados que celebró, en las cartas que escribió, en las promesas que hizo para ganar su vida, su libertad y su equipaje, repleto, á lo que se dice, de botín de general concusionario, ganado en San Luis Potosí, al contratar un empréstito para los gastos de la expedición; diré al menos dos palabras sobre la causa del odio que le tenían los soldados y el pueblo de Texas, y la influencia que ejercieron sus insinuaciones en la conducta indigna de Filisola, jefe del ejército después de la prisión de Su Excelencia. Me ocupó en estos particulares por rectificar afirmaciones del Sr. Bulnes.

Odiaban á Santa Anna los texanos, y lo execra la humanidad cuando recuerda los acontecimientos de entonces, por su crueldad sintomática de una vesania incurable. Antes de la campaña, despreciaban á México los colonos y sus hermanos del Norte; después, el desprecio bajó hasta creer que éramos, no ya civiliza-

dos inferiores, sino seres de una especie incapaz de convivencia aun al lado de la humanidad más degradada. La leyenda de la crueldad que nos atribuían como característica del pueblo mexicano, nació de los actos de Santa Anna, reprobados unánimemente por el ejército, por los escritores y aun por los partidarios del furioso general. No hay demostración más palmaria de que los fusilamientos—asesinatos diremos con propiedad—que deshonraron la causa de México, son de la exclusiva cuenta de Santa Anna, que la conducta de Urrea y Fernández Castrillón con los vencidos. La actitud del ejército fué siempre conforme con los sentimientos de humanidad. En la toma del Alamo, la pérdida del enemigo fué total, es decir, de ciento ochenta y tres hombres, pues no había más. Se dió libertad á tres mujeres y á tres niños, únicos prisioneros de aquella jornada. Entre las víctimas deben contarse cinco rebeldes que pudieron ocultarse, y que concluida la acción encontró el general Castrillón, y llevó ante Santa Anna. Este se presentó en el lugar de la lucha y del peligro, media hora después de haber concluido todo, y al ver que Castrillón no había fusilado á aquellos cinco infortunados, lo reprendió con altanería. Fueron, pues, sacrificados en el acto. «Todos presenciarnos este horror que repueba la humanidad.»¹ Urrea se portó con bravura y energía: fusiló en el campo á muchos rebeldes, como lo demuestra el hecho de que en algunos de los encuentros que tuvo con ellos, resultara mayor número de muertos que de heridos, y en otras ocasiones, mencionan sus partes sólo muertos sin ningún herido. La guerra, no debe olvidarse, y el señor Bulnes lo reconoce, debía ser sin cuartel para los filibusteros, pues éstos eran el nervio que la vigorizaba. Había una circular del 30 de Diciembre último que hacía inevitable para todo jefe de la expedición el fusilamiento de los extranjeros aprehendidos con las armas en la mano. «¿Qué nación, pregunta el Señor Bulnes, qué nación civilizada ha dejado vivir á los filibusteros que la han invadido?» Y responde: «Ninguna.» No sólo, aun naciones invasoras no reconocen como beligerantes á las tropas irregulares, guerrilleros ó franco-tiradores del invadido. ¿Por qué, pues, la indignación que causan las crueldades de Santa Anna? Cree el Señor Bulnes, y yo con él, que obraba lícitamente el jefe de las fuerzas mexicanas, ordenando en nombre de la conservación nacional el fusilamiento de aventureros más sanguinarios, rapaces y corrompidos que Santa Anna. Hasta

¹ Martínez Caro, *Verdad*, pág. 11.

aquí estoy conforme; pero no puedo aceptar la efusión de sangre que no demanda una necesidad imperativa y evidente. La represión sangrienta es criminal cuando carece de eficacia. Se ofreció á los filibusteros una amnistía que rechazaron. El exterminio era el único medio que había para dominarlos. ¿Cuál es, pues, el crimen de Santa Anna? Tratar lo mismo al voluntario fuerte, de épicas resoluciones, aprehendido en el campo de la lucha, que á las tímidas bandadas de fugitivos que se rendían. Urrea fusiló á los que aun tenían chispas de coraje en la mirada y caliente el cañón del fusil; pero perdonaba á los blandos. Santa Anna reprobó su conducta. Más aún hizo Urrea: utilizó los servicios de muchos de ellos, incorporándolos á sus fuerzas. Hay dos hechos en que aparece con más rigor el salvajismo de Santa Anna: el impulso que tuvo primero para sacrificar á ochenta y tres hombres, que se rindieron en el Cópago, sin hacer armas, previo ofrecimiento del Coronel Vera, quien les garantizó que serían considerados benévolamente, y la orden inicua que perdió á la fuerza rendida con Fanín el 20 de Abril en el llano del Encinal del Perdido. Matar á hombres que no habían hecho armas y que se sometían sin reparos, ¿es acto de cordura? ¿Lo es asesinar á quienes se rindieron en masa, no ciertamente como se dice y no se probará jamás, bajo la fe de una capitulación, sino de una promesa leal de Urrea, que tenía para hacerla el mérito y la autoridad de ser causante del único quebranto capital infligido á la revolución? A pesar de las discretas y oportunas incitaciones á la templanza que recibió de Urrea, Santa Anna reiteró con insistencia la orden, con cuyo cumplimiento se perpetró un crimen contra la humanidad, crimen que se hizo perdonar cometiendo otro igual contra la patria. Filisola, lo he dicho ya, recibió la noticia del desastre en la tarde del día 22. Mientras Santa Anna conquista su libertad, después de haber logrado la absolución de la pena de muerte con que le amenazaba el rencor en el campo de Houston, Filisola emprende la retirada. Pocos días después quedó Texas en poder del vencedor. Filisola ordenó la concentración de todas las fuerzas el 22; ya ese día Gona estaba con él, y Urrea se incorporó en breve al ejército que había contramarchado de Old Ford al rancho de Mrs. Powell. Allí celebraron un consejo de guerra los jefes mexicanos, y en él se decidió, en contra la opinión de Urrea, la retirada general á las riberas del Colorado. El 27 de Abril, ya en ejecución el movimiento retrógrado, recibióse el parte en que daba Santa Anna la noti-

cia de su derrota y manifestaba sus deshonrosas exigencias. Se acordó decir en contestación á Santa Anna, para conocimiento del enemigo y á fin de favorecer al cautivo presidente, que el ejército se retiraba acatando las órdenes del jefe prisionero, y enviar como parlamentario, supuesto el armisticio de que hablaba Santa Anna, al general Woll, quien en realidad iba para observar el número y estado moral de las fuerzas de Houston. Woll fué detenido como prisionero y Filisola continuó la retirada, que había comenzado con 2573 hombres.¹ El 13 de Mayo llegó á Victoria, con lo que se consumó el total abandono de la expedición. No me toca ocuparme en las razones de índole especial con que apoya el sucesor de Santa Anna su decisión, ni seguiré los razonamientos del Sr. Bulnes, defensor de Filisola, puesto que se trata de opiniones y no de hechos. ¿Pudo haberse continuado la campaña? El Sr. Bulnes cree que era imposible á causa de la falta de víveres, medicinas y refuerzos, contra un adversario que se rehacía continuamente y cuyo número superaría al de los nuestros en el momento de ser atacado, esto es, cuando las inundaciones permitieran el paso del río y de las praderas. Ciertamente eran grandes las dificultades, enormes las responsabilidades, los recursos exiguos; pero ¿no era igualmente penoso y aun más penoso retroceder á Victoria que avanzar á la Bahía de Gálveston? Si faltaban recursos para seguir adelante, si había pantanos en el camino de la dignidad, no eran menores los obstáculos en la ruta contraria. El día 13 de Mayo entró Filisola en Victoria, y para seguir retrocediendo se abría á su vista un país desolado por la guerra y más allá un desierto siempre inhabitable. Ahora bien, los mismos contratiempos sufridos para llegar á un punto inhospitable, principio de nuevas penalidades, hubieran sido el precio del avance hasta Harrisburgo, en donde empezaba el departamento más rico y populoso, respetado aún por la guerra. Y todavía más: ¿podía ser la estación causa de la retirada cuando sabemos por la climatología de Texas y por reiteradas indicaciones de Filisola en sus partes oficiales, cartas privadas y memorias, que entre Mayo y Octubre está la temporada propicia para las operaciones militares? Los prisioneros corrían grandes peligros al reanudarse la campaña: pero no eran menores el de quedar abandonados, como lo indica Santa Anna con su cinismo habitual y un sentido recto de

1. Filisola contaba además con 1505 hombres, repartidos así: 1,100, en Béjar; 174 en Golhiad y 189 en Matagorda. El total era de 4036 hombres.

las cosas, muy raro en él. Además, no debe confundirse, y esto es esencial, la retirada definitiva con la suspensión de armas; el avance inmediato, á paso de ataque, con la prosecución de la campaña. Todo esto puede y debe discutirse sin extremos de pasión, con prudentes consideraciones de todos los elementos del problema, que es, en suma, técnico, no histórico. La historia sabe lo que debe saber, y es que no fué el gobierno nulo y eclipsado por Santa Anna, el autor de una retirada deshonrosa que dió á la pérdida de Texas (fatal resultado de múltiples causas que no podíamos destruir) la forma indigna del abatimiento y no la que correspondía á un buen soldado, la única compatible con el pundonor,—la del estoicismo obstinado.—En Texas, hubo hombres pequeños para infortunios en que eran necesarios corazones de heroísmo clásico.

Un pastel diplomático.

El error sobre la cuantía de los pastelillos franceses engullidos en Tacubaya por una oficialidad amotinada,—festín que fué objeto de una de las mil reclamaciones diplomáticas con que el gobierno burgués de Luis Felipe sometió á prueba la paciencia de México, antes de experimentar la solidez de los murallones de S. Juan de Ulúa; el que haya sido sesenta mil pesos la cifra de la demanda, como reza algún compendio, ó setenta mil, como lo afirma Altamirano en una *Revista histórica* superficial y no poco inclemente para la verdad: ¿qué significa ante la realidad innegable y comprobada del hecho? El Sr. Bulnes raciocina mucho para probar que no hubo reclamación por pasteles y que un pastelero puede reclamar sesenta mil pesos por daños en bienes no sujetos á cocción ni susceptibles de tentar la gula. En esta vez, como en todas, su procedimiento es de jurista, no de historiador, y llega á esto: «Con el empeño que tengo en dilucidar cuestiones históricas, he buscado con esmero el documento ó documentos que prueben la existencia de esa célebre reclamación, y no he encontrado más que un compendio de historia escrito por D. Manuel Payno en que se asegura que la tal reclamación fué satisfecha por el gobierno francés con nuestros seiscientos mil pesos de indemnización. Todo historiador, cuando da cuenta de un hecho que puede ser puesto en duda por un grupo ó clase de personas respetables, está obligado á probarlo, lo que no hizo el Señor Payno.»¹ De esto y de otros datos negativos, infiere el Sr. Bulnes,

1 Bulnes, *Op. cit.* pág. 661.

como era muy probable, que no hubo pasteles ni reclamación. No me pararé á considerar la extraña exigencia de pedir que un compendio, destinado, como toda obra de su clase, á la enseñanza de proposiciones doctrinales, se explaye en discutir las fuentes de su contenido. Los grupos de personas respetables que no aceptan un hecho referido por los compendios, buscan en otra parte las pruebas del error ó de la verdad que ponen en duda. El mismo Payno, en otro libro, dedicado á las personas respetables que no aceptan sin pruebas las afirmaciones de un autor, las da sobre todas las que hace ¹. Mathieu Fossey, autor francés que escribió también un libro para personas respetables, habla de la reclamación de los pasteles.² Hubo, pues, pasteles y razón para llamar á aque-

1 No corresponde, lo repito, á los autores de compendios, probar sus afirmaciones; sólo deben pesarlas. Como autor de compendio, el Sr. Payno no es un historiador, sino maestro de historia; el Sr. Bulnes, crítico de historia, era el obligado á desmentir con pruebas al Sr. Payno. ¿Lo hace? No. Deja, pues, intacta el Sr. Bulnes la afirmación del Sr. Payno, y deja también por explicar el origen del nombre culinario con que es conocido de todos los mexicanos y designado en algunos libros extranjeros el conflicto del año de 1833. Por lo demás, Payno expone la cuestión general de una manera precisa y suficiente para los espíritus infantiles, que no pueden corromperse con las verdades que enuncia: «La política de la Francia ha sido desde años atrás, invadir con cualquier pretexto á las naciones débiles y proporcionar á sus soldados el modo de ganar con facilidad lo que se llama *gloria militar*. En esta vez era menester que uno de los príncipes de la casa de Orleans hiciera su aprendizaje á costa nuestra..... Las reclamaciones exageradas de algunos de sus nacionales, por daños y perjuicios que se les habían originado en nuestras guerras civiles (dieron el pretexto). Entre ellas figuraba una enorme reclamación que se llamó generalmente de los *pasteles*, porque un pastelero francés decía le habían sido robados *pasteles* por valor de sesenta á ochenta mil pesos! Fueron tan injustas y monstruosas esas reclamaciones, que muchos años existieron depositados en París seiscientos mil francos, sin que el mismo gobierno francés hubiera podido legalmente entregarlos á ninguno de los reclamantes..... Se prestaba (el gobierno de México) á entrar en un arreglo justo y convencional; pero se negó, con mucha razón, á pagar lo que se le exigía con amenazas y sin la comprobación y liquidación debidas.» Compendio, (pág. 169): Salvo algún error de cifra numérica; salvo el decir sólo que eran exageradas las reclamaciones, sin agregar que casi todas ellas eran del todo infundadas é improcedentes; salvo la falta de profundidad en la explicación de la política francesa, lo que no es de extrañar, tratándose de un libro escrito para espíritus no formados aún para una fuerte disciplina intelectual, no puede objetarse nada á los términos de la enseñanza histórica que en este punto da el Sr. Payno, y en pos de él los otros autores de compendios. Aunque el Sr. Bulnes le hubiera probado á Payno la falsedad de su afirmación relativa al pastelero, la rectificación alcanzaría sólo á un hecho, no al concepto general, pues no ha menester el historiador ó el maestro setenta mil pesos de pasteles para aseverar con justicia que las reclamaciones de la diplomacia francesa eran un pretexto de que se echaba mano para dar satisfacción á caprichos ó cálculos que en nada se referían á los individuos reclamantes, que no podía explicar largamente un compendio y que no analiza el Sr. Bulnes.

2 El citado autor explica de esta manera el origen de lo que cree no es sino la leyenda de los pasteles: «El hecho es que un fondero francés llamado Remontel, fué víctima de un robo ejecutado en Tacubaya por algunos oficiales, malas cabezas, en la víspera de la partida de las tropas que mandaba Santa Anna en 1832, cuando este general renunció á la esperanza de tomar á México y se dirigió á Puebla. Tomaron aquellos la precaución de dar de beber en exceso al fondero y á sus criados, y de encerrar luego á todos ellos. Cuando despertó al siguiente día, pudo advertir, ya muy tarde, que se habían apoderado de los productos de la venta de varios días, de parte de la vajilla, de los vinos y aun de la batería de cocina.

lla guerra la de los pasteles; así la bautizó el ingenio popular cuyo instinto certero hirió en la fibra del ridículo á la altiva potencia que nos humilló con su flota. «El Sr. Pérez Verdía—dice el Sr. Bulnes,—fija en el espíritu de la niñez á donde alcanza su libro, la creencia de que nuestra guerra con Francia fué el atentado de la fraudulenta codicia de unos cuantos franceses, sostenida por la inmoralidad y violencia del gobierno de Francia con la aprobación de un pueblo que pretendía marchar á la cabeza desgredada de la civilización. El veredicto del Sr. Pérez Verdía, que es el de la opinión nacional, me parece simplemente inicuo y corruptor de conciencias infantiles, por contrario á las constancias procesales.... Estoy muy lejos de creer que todas las reclamaciones que nos hizo Francia de 1826 á 1838, eran justas, pero niego y lo probaré que todas fuesen injustas. Mas antes de establecer cuáles fueron las reclamaciones, hay que convenir en que la conducta del gobierno mexicano fué altamente censurable.... ¿Eran justas las reclamaciones? Entonces no quedaba más recurso que reconocerlas y proponer leal y honradamente los medios de pago compatibles con la miseria pública. ¿Las reclamaciones eran unas justas y otras injustas? La respuesta era consentir en el pago de las primeras y desechar la responsabilidad de las segundas directamente ó mejor por la solemne intervención de una comisión mixta de arbitraje como lo proponía Francia. Pero tomar el camino de la *chicana* para alargar la controversia indefinidamente, era decidirse á irritar al acreedor, á exasperarlo y á obligarlo á que, contra la burla, el desprecio y el *chicaneó*, apelara á la reconvencción, al lenguaje duro y correcto pero punzante; á la ofensa necesaria arrojando verdades amargas y por último á la violencia cuyo resultado fatal debía ser la humillación de nuestra diplomacia, de nuestra historia, de nuestra patria y de nuestras armas.» ¹ El juicio es concluyente: ni aun aceptando que hubiera llevado la razón el gobierno mexicano podría decirse que obró con dignidad y franqueza. Nos toca revisar esa opinión para decidir si realmente es corruptor de conciencias infantiles el veredicto del Sr. Pérez Verdía. ¿Cómo ha llegado á sus

Quejose entonces ante el encargado de negocios de Francia, señor Barón Gros, quien reclamó una suma de 800 pesos como indemnización. Este fué el origen de tantas exageraciones y burlas de la prensa. Todavía hoy (1857) no hay cien personas en México que rehusen dar crédito á la reclamación de \$ 30,000 por el consumo de pastelillos.» (Le Mexique, pág. 288.) Excusado es decir que el viajero francés no puede ser autoridad, por falta de comprobación de sus afirmaciones y que la verdad de la reclamación sólo se encuentra en la reclamación misma.

¹ Bulnes, *Op. cit.* págs. 654-58.